



ALFAGUARA



# ALFAGUARA



LARGO VIAJE AL PAÍS DE LA MEMORIA

D.R. © DEL TEXTO: CRISTINA PACHECO, 2009

D.R. © DE LAS ILUSTRACIONES: MANUEL MONROY, 2009

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana.

Éstas son sus sedes:

ARGENTINA, BOLIVIA, CHILE, COLOMBIA, COSTA RICA, ECUADOR, EL SALVADOR, ESPAÑA, ESTADOS UNIDOS, GUATEMALA, MÉXICO, PANAMÁ, PERÚ, PUERTO RICO, REPÚBLICA DOMINICANA, URUGUAY Y VENEZUELA.

Primera edición: noviembre de 2009

ISBN:

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Largo viaje al país de la memoria

---

Cristina Pacheco

Ilustraciones de Manuel Monroy

ALFAGUARA  




## *I. Para evitar el olvido*

La memoria es traviesa: le gusta escon-  
derse en los rincones y emprender lar-  
gos viajes por las Cavernas del Olvido. En  
su única maleta lleva una brújula, un reloj de  
arena, un arpa de cinco cuerdas, un libro gor-  
dísimo donde tiene registrados nombres de  
personas, ciudades, pueblos, aldeas, colonias,  
barrios, avenidas, calles, jardines y plazas.

Siempre me ha preocupado que mi memo-  
ria haga una de esas excursiones y se lleve la  
infinidad de acontecimientos que sucedieron  
antes de que Papá Toño y Mamá Leonor se  
fueran al País de los Sueños. Tras mucho meditarlo encontré una forma de evitar ese peligro:

escribir lo que ocurrió durante aquellos años. Las letras que protegerán mis experiencias también serán clave para que otras personas revivan emocionantes aventuras y bellas historias de amor.

## II. *¿Tatzio y Niní?*

Ya les he contado que en un mes de diciembre, cuando yo apenas había cumplido seis años, mi padre cayó enfermo. Mi madre pensó que, mientras él se aliviaba, sería bueno que me fuera a vivir con mis abuelos en su casa de San Jerónimo.

Aquellos días serán para siempre inolvidables: Papá Toño me enseñó a amar su oficio de sombrerero y Mamá Leonor me descubrió juegos tan divertidos como hacer burbujas de jabón. Lo más importante fue que mis dos abuelos compartieron conmigo su secreto: la existencia de Tatzio y Niní.

Tal vez ustedes recuerden quiénes eran esos personajes; pero por si no lo saben, se lo voy a decir. Se trata de dos ositos muy bellos y muy inteligentes que trabajaban en el Gran Circo de Tres Pistas bajo las órdenes del domador Rufo. Él los obligaba a presentarse en todas las funciones sin permitirles descanso alguno. El exceso de trabajo acabó por agotar a Tatzio y a Niní, y ellos empezaron a cometer errores en la pista. Para castigarlos, el domador les impedía comer o los separaba, cosa que para ellos era una pena muy grande pues se querían con todo su corazón.

Temerosos de las reprimendas, Tatzio y Niní eran incapaces de concentrarse en su trabajo y siguieron equivocándose durante las funciones. Rufo los amenazó con venderlos a una veterinaria pero luego se le ocurrió algo aún más cruel: cedérselos a míster Mond, el dueño de un cabaret, para que los exhibie-

ra cada noche bailando, bebiendo licor y fumando.

Las personas y los otros animales que trabajaban en el circo se preocuparon mucho al conocer los planes de Rufo. El mago Tiquico, que sentía un cariño muy especial por Tatzio y Niní, decidió salvarlos alejándolos para siempre del domador. Para lograrlo sólo encontró una forma: pronunciar el conjuro mágico, convertirlos en muñecos de peluche y esconderlos dentro de La chistera maravillosa. Después, cuando estuvieran a salvo, les devolvería su condición de animales. Pero algo terrible se lo impidió: por más esfuerzos que hacía, no lograba recordar la fórmula mágica y a los ositos no les quedó más remedio que permanecer en el interior de su agradable pero reducida vivienda: la chistera de Tiquico.

Por fortuna, una mañana Tatzio y Niní volvieron a ser animales de verdad. Antes

de que eso ocurriera los ositos enfrentaron muchos peligros y vivieron sorprendentes aventuras en las que participaron mis abuelos, mis padres, mi maestro Pioquinto y muchas personas más. Entre ellas yo, así que puedo contarles todo.

### *III. Una triste noticia*

**E**n unas cuantas semanas mi papá se alivió y regresé a nuestra casa a Los Álamos. Cuando me despedí de mis abuelos, tuve el presentimiento de que no faltaba mucho tiempo para que emprendieran el viaje al País de los Sueños. Yo entonces era muy niño, pero afortunadamente mis padres ya me habían enseñado que morir es el destino final de todos los seres vivos y de ese modo se renuevan las generaciones.

Papá Toño murió el lunes al atardecer. Recibimos la noticia a la hora en que mi padre leía el periódico y mi madre nos preparaba la merienda. Entretenido en recortar barqui-

tos de papel, escuché el timbre del teléfono y de mala gana fui a contestar. Era el señor Pioquinto. Apenas dijo su nombre comencé a reír, como siempre que lo escuchaba. Él hizo un comentario que en ese momento no llamó mi atención:

—A tu abuelo le encantaba tu risa. Si aún pudiera oírla, sería muy feliz —tosió y siguió hablando con voz temblorosa—: Comunícame con alguno de tus papás.

Mi madre, que enseguida adivinó con quién hablaba, muy disgustada por mi descortesía hacia el mejor amigo de mi abuelo, me quitó la bocina:

—Buenas noches, señor Pioquinto. ¡Qué milagro que nos llama a estas horas!... ¿Cómo? ¡Imposible! Ayer, cuando fuimos a visitarlos, mi padre estaba muy saludable y muy alegre. ¿A qué hora sucedió?

Mientras oía la respuesta, los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas; enseguida le suplicó al señor Pioquinto que permaneciera al lado de mi abuela Leonor mientras llegábamos a San Jerónimo. Colgó y nos dio la triste noticia: Papá Toño acababa de morir.

Mi padre corrió a abrazarla y, llorando, me refugié entre los dos. Permanecimos juntos mucho tiempo, hasta que mi mamá recuperó fuerzas para hablar:

—Tenemos que ir ahora mismo a San Jerónimo. En un momento tan doloroso Mamá Leonor necesita de nuestra compañía.

—Espérenme aquí mientras busco uno “libre” —dijo mi padre.

La noticia de que viajaríamos en un taxi me asombró tanto que, por breve tiempo, olvidé el triste motivo de nuestro viaje. Durante el recorrido mamá lloraba en silencio. Nunca pensé que de sus ojos, almendrados y brillan-

tes, pudiera manar tal cantidad de lágrimas. Mi padre hacía todo lo posible por tranquilizarla:

—Gracia: sé cuánto te afecta la pérdida de tu padre; pero consuélate pensando que él tuvo una vida muy bella y una muerte tranquila, sin dolores ni angustia, en su casa y al lado de Mamá Leonor y de don Pioquinto, su amigo de toda la vida.

—Lo sé, pero ahora el pobrecito está solo, quizá nos extrañe. Ojalá que el sendero a la eternidad no esté demasiado oscuro.

Recordé el sueño que había tenido meses antes, la tarde en que Mamá Leonor me enseñó a hacer burbujas de jabón:

—Por eso no te preocupes, mamá: ese camino es muy bonito, aunque bastante largo. Papá Toño tendrá que andar mucho antes de ver la nube en donde está su nueva casa. La he visto, no miento: el techo es rojo y tiene

un jardín idéntico al de mamá Leonor, sólo que mucho más grande. Allí mi abuelo podrá jugar con...

—¿Con quién? —preguntaron mis padres al mismo tiempo.

Recordé que les había prometido a mis abuelos no revelar jamás la existencia de Tatzio y Niní; por eso, en vez de responder, me incliné hacia el taxista:

—Oiga: ¿cuánto falta para que lleguemos a San Jerónimo?

—Menos que antes —me respondió el chofer y aceleró. Empezamos a viajar muy rápido, como si al coche le hubieran salido alas.

## *IV. El más largo sueño*

**E**n la puerta de la casa nos recibió el señor Pioquinto. Sostenía su sombrero a la altura de la barbilla para que en la copa cayeran sus lágrimas. Me apenó verlo tan triste y prometí que nunca más me burlaría de su nombre.

El señor Pioquinto nos dio sus condolencias y se puso el sombrero. Una lluvia de lágrimas resbaló por su traje negro pero él no se dio cuenta: sólo pensaba en llevarnos a la habitación de mis abuelos. Allí encontramos a Mamá Leonor sentada frente a Papá Toño. Él estaba acostado en su cama. Lo cubría un manto tejido con flores del jardín: la luz que

lo iluminaba provenía de las luciérnagas prendidas a los ramilletes.

Mi madre se arrojó en brazos de mi abuela y mi padre le dijo nuevas palabras de consuelo. Me quedé observándolo todo hasta que Mamá Leonor tendió su mano para que me acercara a Papá Toño. Verlo sereno y sonriente me llenó de esperanzas:

—Mamá Leonor: no creo que mi abuelo esté muerto. Pienso que sólo está dormido.

—Lo está, pero su sueño será muy largo —me respondió.

Nunca supimos quién les comunicó a nuestros vecinos la triste noticia, pero antes de que repicaran las campanas de la iglesia, la habitación y el resto de la casa se llenaron de mujeres y hombres que habían sido proveedores, clientes y amigos de Papá Toño. Todos mencionaban sus virtudes: bondad, inteligencia, honradez, imaginación, sabiduría, cons-

tancia, generosidad y sentido del humor. Un anciano de larga cabellera blanca levantó los brazos para que guardáramos silencio. Cuando ya no se escuchó más que el canto de los grillos, el señor dijo:

—¿Se dan cuenta de que estamos despidiendo al último y al más notable planchador de sombreros? ¡Esto es el fin!

“Oh”, exclamaron unos; “Ay”, se lamentaron otros. Una mujer pequeña de nariz roja y grande como betabel, se desplomó en una silla y gimió:

—He dedicado mi vida a tejer fieltro. El maestro Toño era mi único cliente. Ahora que él se ha ido para siempre, ¿quién comprará mis paños?

—Tampoco habrá quién se interese por mis hormas —agregó un jorobadito con aspecto de duende.

—Mi situación es mucho más angustiosa que la de ustedes —afirmó un pelirrojo abriéndose paso entre el grupo—. Yo hago escobetillas de ixtle. Don Toño las usaba para lavar los sombreros. Ahora que él ya no está con nosotros, ¿a quién se las venderé?

—No encontraré un solo cliente para mis planchas de madera —lamentó el más pequeño y enjuto de nuestros visitantes.

El anciano de larga cabellera blanca inclinó la cabeza y suspiró:

—Con el maestro Toño desaparece toda una época y también nuestros oficios. ¡Moriremos de hambre y de tristeza!

Aquella lamentación me hizo recordar el otro juramento que le había hecho a Papá Toño: “De grande también seré planchador de sombreros”. Sentí deseos de acercarme a mi abuelo y repetírselo, pero como no estaba seguro de que él pudiera oír mis palabras, me

conformé con mirar hacia el mueble donde estaban sus herramientas de trabajo: bajadores, tijeras, escobetillas, hormas, moldes y planchas. Al verlos, sentí un cariño muy grande por todos aquellos objetos.

## *V. Una advertencia*

Seguían llegando personas con ramos de flores y velas encendidas. El calor y la mezcla de aromas me provocaron un mareo. Mi abuela se dio cuenta y le aconsejó a mi padre que me llevara a descansar. Protesté:

—¡No! Quiero quedarme contigo y con Papá Toño.

—Siempre estarás con nosotros. Anda, ve... —dijo Mamá Leonor y me besó en la frente.

Mi madre también estuvo de acuerdo en que me fuera a dormir. Antes de alejarme le murmuré al oído cuánto la adoraba y ella me abrazó con todas sus fuerzas.

Papá y yo atravesamos el jardín. Bañados por la luz de la luna, los árboles, las plantas y las flores parecían tocados por una varita mágica. Al pasar frente al cobertizo y ver la entrada al cuarto secreto, recordé a Tatzio y a Niní, convertidos en ositos de peluche y ocultos en la chistera del mago Tiquico, y dije: “Pobrecitos”. Mi padre creyó que me refería a mis abuelos:

—Gonzalo, hijo: Papá Toño descansa en paz. En cuanto a Mamá Leonor, no te preocupes por ella: permaneceremos a su lado todo el tiempo que sea necesario. Y no llores más porque si tu abuelo te oye, se pondrá muy triste.

—Me gustaría mucho hablar con él.

—Pues hazlo.

—Ahora vive muy lejos. ¿Crees que pueda oírme?

—Desde luego, si le hablas con el corazón.

Miré hacia las estrellas y me pareció que una se apagaba y se encendía:

—Abuelo: ¿estás ahí? Pues mírame: ya no lloro porque te fuiste, pero te extraño mucho, mucho.

—Estoy seguro de que tu abuelo escuchó tu mensaje —aseguró mi padre con dulzura—. Dale las buenas noches y deja que yo te lleve a tu cama. Es tardísimo y necesitas dormir para que mañana puedas acompañar a Papá Toño por última vez.

Siempre mirando al cielo, agité la mano:

—Te mando el beso de las buenas noches, abuelo. Descansa tranquilo: cuidaré a Mamá Leonor y nunca le revelaré a nadie nuestro secreto.

Mi padre no concedió importancia a mis palabras. Me tomó en sus brazos y me condujo a la habitación en donde me esperaban una camita y una colcha muy suave, tejida

por Mamá Leonor. Pronto me quedé dormido.

Soñé a Papá Toño envuelto en su manto de luciérnagas y a mi abuela tratando de pescar estrellas en la fuente de su jardín. Atrapó una y de ella brotaron muchas burbujas de jabón. En la más grande iban Tatzio y Niní. Bailaban y reían hasta que un águila picoteó la burbuja y ellos empezaron a caer mientras mi abuelo gritaba: “¡Ayúdalos, Gonzalo, ayúdalos!”.

Desperté asustado y encendí mi lámpara pero seguía escuchando el grito de mi abuelo: “¡Ayúdalos, Gonzalo, ayúdalos!”. No lo pensé más: seguro de que nadie me vería, me levanté y fui al cuarto secreto.

Estaba muy oscuro y las duelas crujían bajo mis pies, cosa que me asustó bastante. Empujé la mecedora hasta la ventana y me subí para descorrer las cortinas. La luz de la

luna inundó la habitación. Todo estaba igual a como lo había visto la última vez en que mis abuelos y yo fuimos a visitar a Tatzio y a Niní. Tuve muchos deseos de acariciar a los ositos de peluche y me dirigí al ropero.

El corazón me saltó de alegría cuando vi la caja verde en donde estaba guardada la chistera. Metí las manos en su copa y mis dedos tropezaron con los dos cuerpecitos afelpados. Los saqué con mucha delicadeza y al besarlos noté húmedas sus pieles: lloraban por la muerte de Papá Toño y quizá también por el temor de que Tiquico no regresara para decir el conjuro mágico que les devolvería su condición de animales vivientes. Para tranquilizarlos me puse la mano en el corazón, como había leído que hacen los buenos capitanes, y les dije:

—Juro que haré todo lo necesario para que ustedes vuelvan a ser ositos de verdad.

Entonces comerán flores rociadas con miel y correrán por el bosque. Aunque esté muy lejos de aquí, iré a visitarlos y jugaré con sus oseznos... cuando los tengan.

Con Tatzio y Niní en los brazos fui a sentarme en la mecedora. Recordé lo mucho que le agradaba a Papá Toño oír las canciones de mi abuela mientras él cepillaba la piel de los ositos. Cuando era Mamá Leonor quien componía las ropas de Tatzio y de Niní, mi abuelo declamaba poemas, o nos decía trabalenguas y adivinanzas.

Pensé que tendrían que pasar muchos años antes de que volviera a ver juntos a mis abuelos y lloré como nunca antes lo había hecho. Las emociones y el cansancio me vencieron otra vez, así que volví a quedarme dormido.

## *VI. La canción de Tiquico*

**E**n sueños vi a un hombrecito delgado, con capa roja, saco y pantalones de terciopelo negro que se cubría la cabeza con una chistera de cristal llena de humo azul. Se la quitó para saludarme y me hizo una reverencia. ¡Era el mago Tiquico! Lo reconocí por la forma en que me lo habían descrito mis abuelos. Me sonrió muy alegre y se puso a cantar:

Recordé lo que olvidé,  
mas no puedo regresar  
a la tierra que dejé  
para el conjuro buscar.  
Lina me oyó pronunciarlo

y bien ha de recordarlo,  
lo mismo que a los ositos,  
tan dulces y tan bonitos,  
que adoraba como yo.  
La noche ya terminó.  
No puedo seguir hablando,  
el sol está por salir,  
el gallo ya está cantando:  
me tengo que despedir.

Voces y pasos que se acercaban me despertaron. Apenas tuve tiempo de meter a los ositos en la chistera y de regresar a la cama. Al verme, mi padre le dijo al señor Pioquinto:

—Gonzalo está muy dormido. Tendré que despertarlo para que pueda acompañar a su abuelo un buen rato antes de que lo llevemos al panteón

Yo jamás había estado en un cementerio. El de San Jerónimo me pareció un bosque

húmedo y fresco habitado por ángeles de piedra. Las ramas de los árboles daban sombra a las sepulturas. La tumba de mi abuelo quedó entre dos jacarandas.

Acompañados por todos nuestros vecinos, regresamos a la casa. En el trayecto mis padres le dijeron a Mamá Leonor que nos quedaríamos junto a ella el tiempo que lo deseara.

## *VII. Decir y no decir*

La muerte de Papá Toño cambió nuestras vidas y la manera de ser de Mamá Leonor. Ella, siempre tan cantarina y conversadora, pasaba largos ratos en silencio o se iba sola al jardín. Llegué a suponer que ya no me quería. Esto me hizo extrañar aún más a Papá Toño.

Una mañana mi madre me encontró llorando y le confesé la causa de mis lágrimas:

—Mamá Leonor ya se olvidó de mí. No me habla ni juega conmigo.

—Tu abuela te adora, pero en estos momentos necesita estar sola. Comprendo que te resulte difícil entenderlo, pero respeta su

decisión. No te angusties, cariño: muy pronto ella volverá a ser la Mamá Leonor de antes —me tomó de las manos y, esforzándose por esconder su tristeza, me dijo—: ¿Quieres jugar conmigo?

—No tengo ganas, pero no te preocupes: muy pronto volveré a ser el Gonzalo de antes.

Satisfecho de mi pequeña venganza, di media vuelta y me encaminé al taller de Papá Toño. Me sorprendió encontrarme allí al señor Pioquinto.

—¿Qué hace usted aquí tan temprano?

—Anoche hablé con Mamá Leonor: ella me autorizó a terminar los trabajos que tu abuelo dejó a medio hacer. ¿Te molesta mi presencia?

No quería mentirle, así que guardé silencio; pero cuando lo miré acercarse a la repisa donde estaban las planchas de madera, me enfurecí.

—No las toque: son de mi abuelo.

—Gracias por decírmelo, niño, pero ya lo sabía.

Me cayó muy mal su forma de llamarme ni-ño y le recordé que mi nombre era Gonzalo. El señor Pioquinto ni me oyó porque estaba muy ocupado sacudiendo las planchas. Su indiferencia me provocó ganas de molestarlo:

—Oiga: ¿también sabe usted que su nombre me da risa?

—No me extraña porque hasta a mí me hace reír —exclamó con la cara encendida de satisfacción—. Ahora, ni-ño, si quieres decirme algo más, habla de una vez porque tengo muchísimo que hacer y me estás quitando el tiempo.

Me sentí derrotado. Para ocultarlo me alejé, fui a la ventana y me puse a mirar la calle como si nada en el mundo me interesara más. De pronto escuché a mis espaldas algo como

el chillido de un ratón. Corriendo me subí a una silla. El chillido sonó más fuerte. Giré la cabeza y me di cuenta de que lo que estaba oyendo era la risa del señor Pioquinto. La interpreté como una burla. Ofendido, a punto de llorar, salté al piso dispuesto a salir de allí, pero antes lo amenacé:

—Voy a decirle a mi abuela que usted me trata muy mal y que no vuelva a permitirle entrar aquí.

Antes de que yo alcanzara la puerta, el señor Pioquinto, llorando, me tomó del brazo:

—Por favor, Gonzalo, no me acuses con tu abuela —se quitó uno de los paliacates que llevaba atados al cuello y se enjugó las lágrimas—. Mira: he venido a este taller durante muchos años. Si Mamá Leonor me prohibiera regresar, no sabría a dónde ir. Éste es mi mundo y ya soy demasiado viejo para buscar-me otro.

Me sentí un malvado por haberle producido tanto sufrimiento, así que, a mi manera, me disculpé:

—No pensaba chismearle nada a mi abuela. Se lo dije a usted sólo porque...

El señor Pioquinto sacudió su paliacate y me salpicó de lágrimas.

—Ah, no: tú me dijiste que le ibas a decir algo horrible de mí a Mamá Leonor y ahora me sales con que me lo dijiste sólo para... ¿Para qué, eh? ¡Dímelo!

—No le entiendo nada.

—Te ordeno que me digas lo que pensabas decir pero que luego dijiste que no dirías... —al señor Pioquinto le dio otro ataque de risa por su juego de palabras. Me contagié y acabé riendo tanto, tanto, que se me salieron las lágrimas. Él me guiñó el ojo:

—¿Lloras de tristeza o de alegría?

Recordé que de grande, además de planchador de sombreros, iba a ser el capitán de un barco inmenso y como los capitanes no lloran, me hice el fuerte:

—De alegría, claro... —la voz me tembló y no pude más—: Miento: lloro de tristeza. Papá Toño se ha ido: ya no me contará historias ni me enseñará a planchar sombreros, ni me abrazará. Mamá Leonor ya no juega conmigo ni me pide que la acompañe mientras riega su jardín... Soy muy desdichado.

—Te comprendo porque también estoy triste. Extraño mucho a Papá Toño. Fue mi mejor amigo —dos lágrimas enormes rodaron por sus mejillas—. Daría todo lo que tengo en el mundo con tal de encontrar a otro amigo tan noble y encantador como tu abuelo.

—Si usted quiere, yo podría ser ese amigo —le dije.

—Y si tú estás de acuerdo, me convertiré en tu maestro sombrerero. ¿Qué te parece?

—¿Cuándo empezarán mis clases?

—¡Ahora mismo! Y conste que lo que digo lo digo en serio y no como otros que primero dicen que van a decir algo y luego salen con que no iban a decir nada —se quedó callado y empezó a darse golpecitos en la frente—: No te asustes: estoy ordenando mis pensamientos. Mira, si vamos a ser amigos, tienes que saberlo todo de mí, hasta mi segundo nombre: Sisenando. ¿No te parece chistoso?

—No, más bien ¡feíto!

Los dos estallamos en carcajadas. Tomados del brazo dimos vueltas y vueltas hasta que tropezamos y caímos al suelo. Mi madre llegó en ese momento para ofrecernos un vaso de agua fresca pero al vernos, se asustó:

—¿Qué les pasa? Levántense. El piso está muy frío y se van a enfermar —el señor

Pioquinto soltó uno de sus sonoros estornudos—. Bueno, por lo que veo, usted ya se resfrió.

—Se equivoca, Gracia, estoy bien, muy bien, mejor que nunca de bien —aclaró el señor Pioquinto y se acercó al espejo para ordenarse los paliacates.

Mi madre me preguntó en voz baja por qué nuestro amigo se comportaba de una manera tan extraña y se lo dije:

—Está contento porque desde hoy será mi maestro sombrerero.

El señor Pioquinto se acarició la barbilla y puso cara de persona muy importante:

—En cuanto se corra la voz de que te estoy dando clases, llegarán muchos otros alumnetos para inscribirse en mi taller. Mandaré imprimir unas tarjetas de presentación que digan: “Pioquinto Sisenando. Maestro sombrerero especialista en planchado”.

—¿Sisequé...? —gritó mi madre.

—Sisenando. Es mi segundo nombre. ¿Tampoco se ríe usted? Si tiene ganas de hacerlo, ¡hágalo! No me ofenderé. Desde niño estoy acostumbrado a soportar risitas. ¡Ay, Gracia! Si yo le contara las burlas que me hacían mis compañeros en la clase de música cuando mi maestra me pasaba lista.

—No sabía que hubiera llevado estudios musicales. ¿Toca algún instrumento?

—El arpa. Me paso las noches acariciando sus cuerdas. Su sonido es mi refugio, mi consuelo.

—¿Ha dado conciertos?

—Sólo una vez, el día en que presenté mi primer examen. No sé qué ocurrió, pero antes de que terminara mi ejecución todos dormían, excepto mi adorable maestra de arpa —el señor Pioquinto se quitó el sombrero y lo colocó sobre su pecho para ocultar

los latidos de su corazón—: Era muy linda y tenía un nombre encantador: Luviana Marciolina.

Mamá no pudo contenerse y se echó a reír. Corrí hacia ella y la abracé agradecido porque me daba el regalo de su alegría después de mucho tiempo de haberla visto llorosa y triste. Por eso y porque encontré en el señor Pioquinto a un buen profesor y a un magnífico amigo, aquella mañana y el resto del día fueron inolvidables. Por la tarde, cuando menos lo esperaba, mi abuela me invitó a pasear por su jardín: ¡volvía a ser la de antes! Contentísimo, le anuncié la buena noticia:

—El señor Pioquinto ya me dio la primera lección de sombrerero. Dice que con el tiempo seré maestro en el oficio como mi abuelo.

—Ay, Gonzalo, ¡si supieras lo feliz que me haces! Anda, vamos a regar las plantas para

que después te prepare manzanas horneadas  
con crema y miel: tu postre predilecto.

## *VIII. El peligro se acerca*

A partir de aquel momento nuestra vida en San Jerónimo se normalizó. Papá salía temprano a su trabajo y regresaba cargado de regalos y noticias de nuestra casa en Los Álamos.

Durante las horas en que el señor Pioquinto y yo permanecíamos en el taller, mi abuela le enseñaba a mi madre los secretos de sus maravillosos guisados y postres. Era muy divertido sorprenderlas en la cocina en el momento en que probaban las salsas en la palma de sus manos o cuando esparcían sobre las ollas pellizquitos de sal, pimienta, orégano y otros condimentos.

Un viernes por la noche, mis padres nos invitaron a dar un paseo por el jardín de San Jerónimo. Mi abuela rechazó la oferta. Según ella, el aire estaba muy fresco y era mejor que los dos permaneciéramos en la casa. Pero cuál no sería mi sorpresa al ver que, en cuanto nos quedamos solos, Mamá Leonor me pidió que saliéramos al jardín.

—Oye, abue: ¿el aire está menos fresco aquí que en la calle?

—No, está igual. Quise que permaneciéramos en la casa porque tú y yo tenemos muchos asuntos de qué hablar —fue a sentarse bajo su fresno predilecto y me acomodé a su lado—. Eres un niño muy listo y comprendes las cosas.

—No todas —declaré con sinceridad.

—Las más importantes las entiendes muy bien. Escúchame: sabes que a tus padres y a ti los adoro; sin embargo, no podré que-

darme mucho más tiempo con ustedes. Me lo dijo tu abuelo —levantó la cabeza y miró la estrella junto a la luna—. Todos esos días en que me viste tan callada estuve conversando con Papá Toño. Me dio ánimos y muy buenos consejos para que todo se arregle antes de que me reúna con él.

Le pedí que me permitiera acompañarla y me respondió algo que me hizo sentir menos niño:

—Sabes muy bien por qué no podré hacerlo. Anda, no te pongas triste. Piensa en que tu abuelo me está esperando y que juntos volveremos a ser felices.

—¿Le dirás cuánto lo quiero? Cuéntale también que el señor Pioquinto tiene otro nombre: Sisenando; pero ya no me burlo de eso porque ahora él es mi maestro sombrerero y mi amigo. ¿Cuándo te irás?

—No lo sé, pero adivino que pronto, así que tengo que apurarme. Debo solucionar muchas cosas, entre otras, conseguir que nuestros amiguitos recobren su condición de animales. Ya sabes a quiénes me refiero.

—¡Claro! A Tatzio y a Ni... —no pude terminar la frase porque mi abuela me lo impidió.

—Ssht, es peligroso pronunciar esos nombres en voz tan alta. Rufo podría escucharte y entonces...

—¿Crees que el domador ande por aquí?

—No lo sé, pero como juró que volvería para recuperar a sus ositos...

—Rufo no sabe dónde están ellos.

—Pero podrían decírselo Bolo y Pipino: sus ayudantes. Su olfato es mejor que el de los sabuesos.

—¿Conoces a esos tipos?

—La noche en que el mago Tiquico llegó a refugiarse en nuestro taller me asomé por la ventana y los vi de lejos: son pequeños, peludos, de piernas zambas. ¡Horribles! Pero no debes temerles. Tu abuelo nos protege y nos ayudará.

—¿Cómo, si ya no está aquí?

—No, pero está allá —afirmó, mirando otra vez al cielo.

## *IX. El regreso de Rufo*

**E**n ese momento oímos que la puerta de la casa se abría y enseguida se escucharon las voces de mis padres:

—¿Dónde están?

—En el jardín —contestó mi abuela—. Salimos porque mejoró el clima. ¿No sienten el aire más tibio?

Mi madre se acecó para entregarme un algodón de azúcar y le pregunté si tenía más regalos para mí.

—No, pero te traigo algo mucho mejor: buenas noticias. Sabes que el domingo comienza la Feria de San Jerónimo y, como siempre, durará una semana. Los ferieros ya

están empezando a montar sus juegos mecánicos alrededor del jardín. Nos divertiremos mucho porque traen caballitos, tazas voladoras, rueda de la fortuna, coches locos... Pero eso no es todo: el domingo habrá algo muy especial. Díselo tú, Rubén.

—Para inaugurar la feria dará función el Gran Circo de Tres Pistas —mi padre sacó de su bolsillo un volante de papel de China y me lo entregó—: Es el programa. Andan repartiéndolo dos hombrecitos de cabello erizado, con las piernas zambas y que, por cierto, no olían bien.

Mi abuela se llevó las manos a la cabeza y repitió:

—Un circo, dos hombrecitos peludos... ¿Estaban solos?

—No. Detrás de ellos, en un carromato adornado con banderines de colores, iba el dueño del circo: Rufo. Un tipo imponen-

te en traje de domador. Recorre las calles de San Jerónimo invitando a los niños para que se presenten con sus mascotas en el circo y cierren la función del domingo con un desfile estelar.

—¿Toda clase de mascotas? —preguntó mi abuela con voz temblorosa.

—Sí, lo dice el programa. A ver, Gonzalo, léeselo a Mamá Leonor para que vea lo mucho que has aprendido en la escuela.

Obedecí:

—“¡Buenas noticias para todos! El Gran Circo Ru-ru-ru...” —el nombre del malvado se me atragantó.

—Gonzalo, la emoción te está volviendo tartamudo —riendo, papá me quitó el volante y lo leyó—: “El Gran Circo Rufo de Tres Pistas los invita a maravillarse con las acrobacias de sus estrellas y a conmoverse con la historia de Lina, la célebre Mujer Barbuda”.

Me bastó oír ese nombre para recordar mi sueño en el que había aparecido el mago Tiquico.

—¡Lina! Quiero verla —exclamé.

—Yo también. Se supone que es la única Mujer Barbuda que hay en el mundo —agregó mi madre.

—Dejen eso —intervino mi abuela—. Rubén, ¿en dónde dice que los niños pueden llevar a sus mascotas?

—Aquí, en el programa. Escuche: “Niños: el gran domador Rufo estará encantado de incluir en el Desfile de Estrellas a sus perros, gatos, loros, conejos, gallinas, palomas, guajolotes, lagartijas, pericos, burros, vacas, tortugas, caballos, elefantes... y osos”.

Descubrí a Mamá Leonor mordiéndose las uñas, igual que yo lo hago cuando me pongo nervioso:

—Abuela: tú me has dicho que eso está mal.

—Lo siento, Gonzalo... Rubén: déjame ver ese volante.

—No trae sus lentes.

—Cierto, los dejé en... No lo recuerdo. Gonzalo: ven conmigo, ayúdame a buscarlos.

Me disponía a seguirla cuando escuché el comentario de mi madre:

—¿Viste cuánto se emocionó Mamá Leonor con la noticia de que iremos al circo?

—suspiró y se reclinó en el hombro de mi padre—: Con los años las personas mayores vuelven a comportarse como niños.

—Gracia: me gusta pensar que tú y yo, cuando seamos muy viejitos, regresaremos juntos a la infancia —murmuró mi padre y la besó.

Corrí tras mi abuela. No encontré por ninguna parte los lentes y tuve que leerle otra

vez el párrafo en el que Rufo invitaba a los niños a presentarle a sus mascotas. Cuando terminé, Mamá Leonor exclamó:

—Esa invitación me hace suponer que el malvado Rufo sabe algo. Pero no se saldrá con la suya. ¡Lo juro!

—¡Yo también! —grité, y me sentí como nunca antes, un auténtico marinero a punto de emprender un viaje muy largo y peligroso.

## *X. La fórmula y el conjuro*

**P**or la noche mi madre nos sirvió una cena deliciosa: enchiladitas potosinas, buñuelos de viento, champurrado y un enorme plato de tunas rojas. Casi no pude comer porque mi abuela se pasó todo el tiempo hablándome al oído

—El volante es una trampa. Estoy segura de que Rufo sabe algo. Necesitaremos encontrar el conjuro mágico antes de que logre colarse en nuestra casa y capture a nuestros amiguitos.

Mi madre se dio cuenta de que mi abuela cuchicheaba y me preguntó qué tanto me decía:

—Sólo me está hablando del conjuro, mejor dicho de la fórmula —respondí, y enseguida me di cuenta de que había metido la pata.

—¿Cuál fórmula?

—La que tengo para hacer galletas de agua —gritó mi abuela—. Las comen los marineros. Gonzalo tendrá que aprender a prepararlas antes de que reciba su grado de capitán. Así, cuando navegue por los mares, nunca le faltará comida.

Sonaron tres golpes a la puerta, salté de mi silla y me escondí bajo la mesa diciendo:

—Mamá: ¡les tengo mucho miedo a esas bestias!

—¿Temes que los animales del circo hayan escapado? ¡Imposible! Y si así fuera, ¿crees que anunciarían su visita? —volvimos a escuchar el llamado a la puerta—. Rubén: abre por favor.

Abandoné mi escondite cuando mi padre reapareció acompañado por el señor Pioquinto. Me alegré tanto de que no fueran Rufo o sus sirvientes que aplaudí. Mi abuela, muy contenta, se levantó para recibir a nuestro visitante:

—Señor Pioquinto: ¿olvidó algo en el taller?

—No. Lo que sucede es que tengo olfato de lobo. Ejem... —avergonzado, bajó la mirada—: Verá usted: paseaba por la calle cuando me llegó el aroma de las enchiladitas potosinas que su hija Gracia prepara como nadie en el mundo. Son mi debilidad. No pude resistir y vine a pedirle respetuosamente que me permita disfrutar una de esas delicias o aunque sea la mitad.

—¡Qué media enchiladita ni qué nada! —la respuesta de mi madre nos dejó mudos de asombro hasta que ella sonrió—: Pondré

en su plato una docena y si aún siente antojo, le prepararé otra ración.

El señor Pioquinto se sentó a comer y demostró una vez más que, aparte del olfato, tenía el apetito de un lobo. Satisfecho, se levantó de la mesa y agradeció la generosidad de mi madre. Todos lo acompañamos a la puerta. Allí Mamá Leonor le dijo:

—Cúbrase bien la cara con uno de sus paliacates para que no le vaya a dar gripa y pierda su magnífico olfato —se inclinó para hablarme al oído—: Algo me dice que la nariz del señor Pioquinto nos servirá de mucho.

No entendí de qué hablaba pero no pude hacerle preguntas porque mi madre se-guía mirándonos como si sospechara que mi abuela y yo estábamos tramando algo.

Nos dimos las buenas noches. Papá se fue a la sala para seguir leyendo. Mi madre me llevó a mi cuarto, vigiló que me lavara los

dientes y cuando terminé de ponerme la piyama, le confesé que no tenía sueño.

—Lo comprendo: te alborotaste con la noticia de que iremos al circo —me acarició el cabello—: No comas ansias: falta poco para el domingo. Ese día saldremos muy temprano a comprar las entradas y, mientras comienza la función, te llevaremos a los juegos mecánicos. Ahora: ¡a dormir!

Le pedí que se quedara conmigo y me miró muy extrañada:

—Gonzalo: desde que papá y yo volvimos de nuestro paseo te noté muy raro. ¿Qué te sucede?

—Tengo miedo de que alguien venga y quiera hacernos daño —le respondí, atento a los rumores de la calle.

—¿Pero quién? Todos nuestros vecinos son buenos y amables —reflexionó un momento—: ¿Desconfías de los ferieros?

Haces mal. Son personas trabajadoras que se ganan la vida divirtiendo a los niños. ¿Ves que no hay motivo para temer? Anda, no seas tontito y duérmete.

## *XI. Un baño de naftalina*

Imposible explicarle a mi madre por qué estaba tan nervioso, pero le pedí permiso para quedarme con la luz encendida. Aceptó de mala gana. Cuando dejé de oír sus pasos por el corredor, un silencio profundo envolvió la casa, pero al cabo de unos minutos los grillos se pusieron a cantar más y más fuerte. Me acerqué a la ventana y dije:

—Ssht, cállense o menos podré dormir.

Regresé a la cama y el canto de los grillos me resultó ensordecedor. Al parecer deseaban mantenerme despierto y me dije: ¿para qué? Después de pensarlo un rato lo adiviné: querían advertirme del peligro que amenaza-

ba a Tatzio y a Niní. Me levanté y sin hacer ruido fui al cuarto secreto. Ya lo conocía bien y en medio de la oscuridad me dirigí al ropero. Toqué la caja donde estaba la chistera y, cuando iba a sacar a los ositos, sentí pasos a mis espaldas. Pensé que era Rufo:

—Malvado, horrible, ¡suéltame!

Alguien me cubrió la boca. Iba a morderle la mano cuando reconocí la voz de mi abuela:

—Gonzalo, soy yo, no grites que vas a despertar a tus padres.

—Mamá Leonor: ¡qué susto me diste!

—Y tú a mí: como vi una figura pequeña cerca del ropero, pensé que podían ser Bolo o Pipino.

—¿Soy tan feo como ellos?

—No quise decir eso. Comprende que está oscuro, sin mis lentes veo muy mal y mis nervios andan tan alborotados como un peri-

co bajo la regadera. Desde que supe que Rufo llegó a San Jerónimo... —hundió las manos en la chistera y sacó a los ositos.

—Me parece que están tristes y ya no sonríen —comenté al verlos.

—Están asustados —acarició sus lomos de peluche—. Oigo muy fuerte los latidos de sus corazones.

—Lo que escuchas no son latidos, sino pasos en la calle.

Mi abuela me entregó a los ositos, fue hacia la ventana, levantó una punta de la cortina y miró:

—¡Es Rufo! Viene con Bolo y Pipino. Miran hacia acá y hablan.

—¿Qué dicen?

—No alcanzo a escuchar. Ahora Bolo y pipino olfatean. Pronto: ¡escóndete con Tatzio y Niní en el ropero!

Obedecí. Mamá Leonor permaneció junto a la ventana. Cuando oí que los villanos se alejaban, salí de mi escondite, feliz de que el peligro hubiera pasado. Mi abuela, en cambio, seguía preocupada:

—Estoy segura de que Bolo y Pipino se olieron algo. ¡Regresarán! Antes de que eso ocurra, tenemos que ocultar el olor de Tatzio y de Niní. Pero ¿cómo? ¡Ah, sí, ya sé! —Mamá Leonor encendió la luz y acercó la mecedora al ropero—. Súbete y busca un frasco de mermelada que guardo entre las sábanas viejas.

—¿Vamos a comer?

—No preguntes y busca.

Cuando al fin encontré el frasco, leí una etiqueta que decía “Naftalina”. Le pregunté a mi abuela qué era eso y para qué servía. Ella me explicó que para alejar a las polillas, porque su olor era muy fuerte, pero que nosotros la utilizaríamos para bañar a Tatzio y a Niní.

—Así despistaremos a los horribles sirvientes de Rufo. Cuando regresen, sólo sentirán el tufo de la naftalina y no el olor de nuestros amiguitos.

## *XII. La canción de Tiquico*

*[Otro título porque es idéntico al del capítulo VI]*

— **A**buela, ¡eres una genio! Pero después de apestosear a los ositos, ¿qué haremos?

—No lo sé —Mamá Leonor fue a sentarse a su mecedora—. Si al menos el mago Tiquico nos enviara una señal, pero en vez de hacerlo sigue paseándose ¡quién sabe por dónde!

—Anoche tuve un sueño...

—No me extraña: te la pasas soñando. Otro día me lo cuentas.

—Mejor te lo cuento ahora porque en él apareció el mago Tiquico —noté que mi abuela no me creía—: Juro que era él. Lo

reconocí por la forma en que me lo describiste: delgado, con capa roja, saco y pantalones negros de terciopelo, y una chistera de cristal llena de humo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Con tantas cosas que han sucedido hoy, lo olvidé.

—¿Tiquico habló contigo?

—Sólo me cantó una canción acompañada con música de arpa.

—Cántame aunque sea un pedacito: tal vez allí esté la clave para que encontremos el conjuro mágico.

—Sabes que desafino mucho.

—Gonzalo. Éste no es un concurso de aficionados. ¡Canta!

—Está bien, escucha: “Recordé lo que olvidé, / mas no puedo regresar / a la tierra que dejé / para el conjuro buscar. / Lina me oyó pronunciarlo / y bien ha de recordarlo, /

lo mismo que a los ositos, / tan dulces y tan bonitos, / que adoraba como yo. / la noche ya terminó. / No puedo seguir hablando, / el sol está por salir, / el gallo ya está cantando: / me tengo que despedir”. Creo que eso era todo, no sé...

—Esa canción me recuerda algo muy familiar, pero ¿por qué? —mi abuela cerró los ojos y se quedó reflexionando—: ¡Ya sé! Tiquico nos dijo a Papá Toño y a mí que antes de huir con Tatzio y Niní del circo de Rufo había pronunciado el conjuro en presencia de Lina. Le pediremos a ella que nos lo diga, lo repetiremos frente a los ositos y entonces quedarán libres de su encantamiento. ¿No te parece maravilloso, Gonzalo?

—Sí, pero ¿cómo haremos para hablar con Lina sin que Rufo se dé cuenta?

—Ése es el problema. Tiquico nos contó que el domador tiene encerrados bajo llave

a los artistas y sólo les permite salir de sus carromatos para que trabajen —mi abuela adivinó mis pensamientos—: Gonzalo, si estás pensando en que nos robemos las llaves, ¡olvídalo! Rufo las trae colgadas de su cinturón.

—Para quitárselas tendríamos que dormirlo, como al Gigante de Los Tres Frijoles Mágicos.

—¿Y cómo durmieron al Gigante del cuento?

—Con música de arpa... También la escuché en mi sueño.

—¡Allí está la solución! Pero ¿dónde encontraremos a un arpista que nos ayude sin hacer preguntas ni revelar nuestro secreto?

—Yo sé dónde: ¡en el taller del abuelo!

—¿Quieres dormir a Rufo dándole un planchazo en la cabeza?

—No. Bastará con que escuche al señor Pioquinto.

—Las conversaciones de tu maestro son aburridas pero no tanto como para que pongan al domador a roncar.

—Es que el señor Pioquinto no tendrá que decir ni media palabra: sólo tocará el arpa.

—¿Sabe?

—Sí. Nos lo confesó a mamá y a mí. El arpa es su pasión. No ha tocado en público desde que dio su primer concierto: aquella noche, en cuanto empezó su interpretación, sus compañeros y sus maestros quedaron profundamente dormidos.

—Si lo hizo entonces, ¡podrá lograrlo ahora! —dijo mi abuela aplaudiendo—. Mañana mismo hablaré con el señor Pioquinto. ¿Crees que quiera ayudarnos?

—¡Seguro que sí!

—Entonces: ¡manos a la obra! Nos espera un trabajo muy difícil y necesitamos

descansar, pero antes tendré que hacer algo —Mamá Leonor tomó un frasco de naftalina, se acercó al ropero, dejó caer las bolitas blancas dentro de la chistera y escuchamos gruñidos—. Tatzio, Niní: sé que les desagrada este olor. Discúlpenme: no se me ocurrió ninguna otra cosa para impedir que las narizotas de Bolo y Pipino los olfatearan. Les prometo que, cuando todo termine, les daré un baño con agua de rosas para que se vayan muy perfumados a la floresta.

—¿Te imaginas lo triste que será el día en que ya no estén con nosotros, abuela?

—Cuando uno ama de verdad a alguien, sólo desea su felicidad. ¿No quieres ver dichosos a Tatzio y a Niní? Convertidos en juguetes y encerrados para siempre en una chistera no podrían serlo. Ellos necesitan recuperar su vida de animales de verdad, correr por el bosque, sentir la luz del sol.

—¿No los extrañarás?

—Por supuesto que sí, y mucho. Pensaré en ellos todos los días y su recuerdo me acompañará siempre —mi abuela vio que yo aún estaba triste y me hizo una promesa encantadora—: Además, tú y yo podremos ir a visitarlos cuantas veces quieras.

—¿Aunque se vayan lejos?

—¡Hasta el fin del mundo si es necesario! Pero antes, querido niño: ¿no piensas que debemos dormir?

—Creo que mejor deberíamos ir a la casa del señor Pioquinto y explicarle nuestro plan.

—¿A estas horas? Despertaríamos toda clase de sospechas. Hablaré con él mañana muy temprano. Quiero que estés presente para que entre los dos lo convenzamos de que nos ayude —mi abuela se quedó pensando y luego soltó una carcajada—: Ese hombre sí

sabe guardar secretos. En todos los años que llevo de conocerlo nunca me dijo que tocara el arpa. ¿Cuándo y dónde habrá aprendido?

—De niño, en la escuela de música de la maestra Luviana Marciolina. ¿Te cuento otro secreto? Creo que aún está enamorado de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando pronunció su nombre, se le alegraron los ojos, como a ti cuando hablabas con Papá Toño. ¿Sigues queriéndolo igual que antes de que se fuera al País de los Sueños?

—Sí, y cada vez más.

Desde el jardín nos llegó, delicado y armonioso, el canto de los grillos.

### *XIII. Elefantes a ritmo de arpa*

**P**asé la noche recordando lo sucedido durante el día, pero cuando amaneció, sentí un enorme deseo de dormir. Mi descanso se prolongó hasta las nueve de la mañana, hora en que mi madre entró en mi cuarto:

—Gonzalo: ¿todavía en la cama? —descorrió las cortinas y todo se llenó con la dorada luz del sol—. Hace rato que llegó el señor Pioquinto. Tú ni siquiera te has bañado y aún no desayunas. ¡Apúrate!

—Puedo dejar el baño para mañana. No quiero que mi maestro me espere por más tiempo y solito.

—Por eso no te preocupes. Mamá Leonor está acompañándolo y los vi platicando muy animados. ¡A la regadera!

Me bañé en tres minutos, desayuné en cinco y corrí al taller. Al entrar, noté que el señor Pioquinto lloraba y sin embargo me sonrió:

—Mamá Leonor me lo ha contado todo. ¡Qué historia tan hermosa la de Tatzio y Niní! Mi corazón volvió a palpar como en aquellos años en que yo era un joven enamorado... de la música.

—Y de su maestra Luviana Marciolina —agregué.

—¿Quién te lo dijo, pequeño? —preguntó mi maestro, más rojo que un tomate.

—Acuérdese de que me llamo Gonzalo...

—No discutas tonterías. Mejor alégrate: el señor Pioquinto aceptó ayudarnos. Le

dará un concierto de arpa a Rufo, y cuando él duerma, nosotros entraremos en acción. ¿Qué te parece?

—¿Y si el domador no quiere oírlo?

—Querrá, no te preocupes —afirmó el señor Pioquinto poniendo cara de listo—. Mamá Leonor y yo hicimos el plan completo. Escucha: mañana les dirás a tus padres que quieres ver cómo van llegando ante Rufo los niños acompañados de sus mascotas. Con ese pretexto, tú y Mamá Leonor se irán caminando hasta el jardín y darán vueltas por los alrededores del circo. Eso les brindará oportunidad de ver, aunque sea desde lejos, en dónde está el carromato de Lina.

—Y mientras nosotros hacemos todo eso, ¿usted qué hará?

—Presentarme en la oficina de Rufo con mi arpa. Como llegaré vestido con mi esmoquin, pensará que soy alguien muy importante.

—¿Qué cosa es un esmoquin?

—Un traje elegantísimo que se usa en ocasiones muy especiales. Lo compré hace muchos años pero sólo me lo he puesto una vez —el señor Pioquinto se acarició la barriga—. Espero que todavía me quede.

—Y si no, mi abuela tiene una faja. Puede prestársela.

—¡Gonzalo, no seas indiscreto! Deja que tu maestro siga explicándote nuestro plan.

—Cuando esté ante Rufo, le pediré que oiga una de mis interpretaciones. Si me pregunta por qué, le diré que soy un artista caprichoso y que se me ha metido en la cabeza amenizar el baile de los elefantes con mi música. Ahora que lo pienso, sería un número sensacional: ¡elefantes bailando al ritmo del arpa! ¿Se imaginan la cantidad de niños que desearían ver eso?

—Dígaselo a Rufo porque eso despertará su ambición. Pensará que si entra más público a su circo, ganará más y más dinero. ¡Eso es lo único que le importa! —afirmó Mamá Leonor.

—Tra, lalá, larín, laralá... —cantó el señor Pioquinto moviendo los dedos como si estuviera tocando el arpa—. Ah, ¡qué música tan deliciosa! En cuanto Rufo la oiga, sentirá mucho sueño y cuando se duerma...

—¡Ya sé!: mi abuela y yo nos acercaremos al carromato donde Lina vive prisionera, le diremos que nos envía el mago Tiquico y le pediremos que nos revele el conjuro —mi entusiasmo tropezó con una duda—: ¿Qué sucederá si Bolo y Pipino nos descubren hablando con Lina?

—Para evitarlo contamos con el magnífico olfato del señor Pioquinto —aclaró mi abuela—. En el momento en que los malva-

dos apestosos se acerquen, él nos enviará una señal y así tendremos tiempo de escondernos o de huir. ¿Lo expliqué bien?

—Mucho, sólo queda otro pequeño obstáculo: ustedes se encontrarán lejos de mí. En esos momentos estaré tocando y tendría que enviarles una señal muy sonora. No se me ocurre ninguna —reflexionó el señor Pioquinto.

—Puede estornudar: papá y mamá dicen que sus estornudos se escuchan a kilómetros de distancia. No me veas feo, abuela, tú también lo has dicho.

—Está bien, lo dije porque es verdad, pero volvamos al asunto de los estornudos: nos advertirán del peligro y también despertarán a Rufo.

—No: porque aunque estornude, seguiré tocando y mientras lo haga, el domador permanecerá dormido como un angelito. ¿No soy genial? —el señor Pioquinto volvió a ponerse

colorado—: Disculpen este pequeño gesto de vanidad. Mamá Leonor: ¿recuerda lo que ustedes harán cuando Lina les revele el conjuro?

—Sí: mi nieto lo escribirá en un papel y los dos regresaremos a la casa. Como Gracia y Rubén no estarán aquí, entraremos en el cuarto secreto y entonces...

## XIV. *¡Ya nos descubrieron!*

—¿Por qué quieren ocultarse de nosotros? —preguntó mi madre desde la puerta del taller. Mi maestro y yo, atontados por la sorpresa de sentirnos descubiertos, quedamos mudos; pero mi abuela sí habló:

—Hijita: ¿cuánto tiempo llevas parada junto a la puerta?

—El suficiente para enterarme de que ustedes traman algo. En realidad lo noté desde ayer. ¿Qué tienes que decirme, Gonzalo? ¡Habla! No te hagas el inocente y explícame de una vez por todas en qué andan metidos —no dije nada y ella me

miró con severidad—: Recuerda que los Reyes Magos no leen las cartitas de los niños mentirosos.

—¿La persona que guarda un secreto es mentirosa? —pregunté.

—Hijo: estoy perdiendo la paciencia. ¿Crees que no me he dado cuenta de que tú y Mamá Leonor se la han pasado cuchicheando? —al ver que otra vez no le respondía, mi madre tomó una silla y se sentó—: Les advierto que no me moveré de aquí hasta que no me digan qué planean.

—No es nada malo, al contrario, es muy bueno —dije—. Ay, si supieras la historia de Tatzio y Niní...

—Mi abuela me dio un pellizquito para que no siguiera hablando y luego se dirigió a mi madre:

—No le hagas caso, Gracia, ya sabes cómo son los niños: inventan personajes y, como tú

misma lo dijiste, a veces dicen una que otra mentira.

—Abuela, ¿tú también...? Sabes que Tatzio y Niní están escondidos en la chistera y si no encontramos el conjuro mágico antes de que Rufo los atrape, jamás podrán ser animales de verdad, ni vivirán en el bosque, ni tendrán ositos.

—¡Este niño está delirando! —exclamó mi madre—. Dime, ¿te golpeaste la cabeza? Estás mal. Tengo que llamar a tu padre.

—¿Para qué soy bueno? —preguntó mi papá, que llegaba en esos momentos muy sonriente, pero al ver a mi madre temblorosa, se alarmó—: Mi vida: ¿por qué estás así?

—Gonzalo delira —gimió mi madre.

—Mamita, no tengo nada. ¡Te lo juro!

—Gracia: Gonzalo no se cayó ni tiene fiebre. Así que no llores porque me partes el alma —le dijo mi abuela.

—A mí también —aseguró mi maestro Pioquinto—. Y a usted, don Rubén, le suplico que no se ponga nervioso ni pierda la calma.

—Cómo voy a quedarme tranquilo si encuentro a mi mujer hecha un mar de lágrimas, a Gonzalo blanco como un fantasma y a usted y a Mamá Leonor con esas caras... Qué bueno que olvidé mi credencial del gimnasio y regresé a tiempo de ir por un médico.

—No hace falta, Rubén. Ya le dije que mi nieto está completamente sano. Usted sabe que en algo tan delicado nunca le mentiría.

—No, mamá, Gonzalo dijo cosas muy extrañas —insistió mi madre.

—Extrañas pero ciertas. Todo lo que el niño te contó es verdad: Tatzio y Niní existen; corren peligro de permanecer convertidos en ositos de peluche si no los liberamos del hechizo antes de que Rufo los atrape.

—¿Quiere decirnos de qué habla, Mamá Leonor? —le suplicó mi padre exasperado.

—De una historia de amor que ustedes también deben conocer. Siéntese y escuchen: hace muchos años, tocó a la puerta del taller un hombrecito que llevaba una chistera de fieltro. Era el mago Tiquico. Nos pidió a Papá Toño y a mí que le permitiéramos ocultarse en el taller mientras se alejaba el malvado que lo perseguía: Rufo. Cuando ya no hubo peligro, nos contó que ese hombre era domador y dueño del circo en donde trabajaban él y los dos ositos: Tatzio y Niní. Como sus actuaciones habían dejado de atraer al público, Rufo decidió venderle los animales al dueño de un centro nocturno para que los exhibiera allí bailando, fumando y bebiendo licor. Eso habría significado la muerte de los osos. Para evitarla, Tiquico, gracias a un conjuro mágico, los convirtió en muñecos de peluche,

los ocultó en su chistera y salió huyendo del circo. Durante mucho tiempo lo persiguió Rufo pero al fin llegaron a nuestro taller y desde entonces han permanecido aquí en el cuarto secreto.

—No sabía que existiera, mamá.

—Es el cuarto donde están los muebles viejos y los objetos inservibles. Los he conservado porque me recuerdan muchas cosas. Guardo, por ejemplo, tu primera regaderita y tu estufita azul...

—Mamá, no me cambies la conversación y dime: ¿el mago también vive aquí?

—No. Él tuvo que emprender un largo viaje al País de la Memoria —mi abuela sintió la mirada que intercambiaron mis papás—: Créanme, ese lugar existe, aunque no sé en dónde, pero supongo que muy lejos.

—¿Para qué fue el mago allá? —insistió mi padre.

—Para ver si encontraba a alguien que pudiera ayudarlo a recordar el conjuro mágico que se le olvidó —los ojos de mi abuela se iluminaron de alegría—. No encontró allá a nadie que pudiera ayudarlo pero se acordó de alguien que conoce el conjuro. Por fortuna esa persona está muy cerca de nosotros.

—Pero ¿quién es? —preguntó mi madre.

—Nada más ni nada menos que Lina, la Mujer Barbuda. ¿Qué le parece? —preguntó el señor Pioquinto muy orgulloso de sus conocimientos.

—Mamá Leonor, lo siento, cada vez entiendo menos. Soy tu hija, Rubén es tu yerno. Tenemos derecho a saberlo todo.

—Y lo sabrán. Voy a contarles la historia completa y nuestro plan para rescatar a los ositos. Sé que Papá Toño estaría de acuerdo en lo que vamos a hacer.

## *XV. Dos nuevos cómplices*

Fue delicioso oír la narración de mi abuela. Cuando terminó de contar las aventuras de Tatzio y Niní, la forma en que se amaban, el peligro que corrían y nuestro plan para salvarlos, mis padres quedaron como si les hubiera caído una piedra en la cabeza.

—Doña Leonor: me temo que no le han creído ni media palabra —murmuró desconsolado mi maestro Pioquinto.

—Papá, mamá: escúchenme. Tatzio y Niní parecen de juguete pero por dentro son animales de verdad. Yo he sentido latir sus corazoncitos.

—Gracia, Rubén: entiendan que si no actuamos rápido, ocurrirá una tragedia. Nos quedan unas cuantas horas para impedirlo —aclaró mi abuela.

Mi madre se dirigió a la puerta y le hizo una señal a mi padre para que la siguiera:

—Rubén y yo tenemos que hablar mucho a solas. Vamos al jardín —adivinó que yo iría tras ellos—: Dije a solas.

—En cuanto se alejaron, Mamá Leonor, mi maestro y yo nos acercamos a la ventana para observarlos. Daban vueltas, se detenían frente al cuarto secreto, pero sobre todo hablaban, hablaban, hablaban.

—¿Qué estarán diciendo, abuela?

—No lo sé, pero me temo... ¡Cuidado! Ahí vienen: vamos a fingir que estamos trabajando.

—Mi maestro se colocó detrás de la mesa y tomó una horma, yo saqué un trozo de fiel-

tro y mi abuela ensartó la enorme aguja con que se remiendan los sombreros. La voz de mi madre nos estremeció:

—Rubén y yo llegamos a una conclusión: no podemos permitir que lleven a cabo su plan.

—Lo que piensan hacer ustedes tres es muy peligroso —afirmó enérgico mi padre—. Necesitarían ayuda, por lo menos, de otras dos personas. Lo que quiero decir es que un personaje tan importante como el gran artista de fama internacional Pioquinto Sisenando no puede tocar ni siquiera una nota musical si no lo acompañan su representante y su maquillista.

—¿Ustedes? —gritó mi abuela.

—¡Por supuesto! —afirmaron mis padres.

Corrí a abrazarlos y a agradecerles su ayuda. Muy sonriente, Mamá Leonor miró al

cielo y mi maestro lloró de alegría. Sus enormes lágrimas, al saltar por el suelo como canicas, produjeron un hermoso y breve concierto de agua salada.

Cuando Mamá Leonor pudo controlar su emoción, dio varios golpes en la mesa:

—Señor Pioquinto, Gonzalo, ¡tranquilídense! No hay tiempo que perder. Ahora que contamos con dos nuevos cómplices, tendremos que cambiar nuestros planes.

—Pero antes ¿podrían presentarnos a Tatzio y a Niní? —preguntó mi madre—. Si logran huir, tal vez Rubén y yo jamás podremos verlos.

—No te preocupes por eso, mamá: cuando mi abuela, mi maestro y yo vayamos al bosque a visitar a los ositos, los invitaremos a que nos acompañen.

—Aun así, nos gustaría conocerlos ahora, ¿verdad, Rubén?

—A mí también, mucho —afirmó el señor Pioquinto.

—Vamos al cuarto secreto —dijo mi abuela—. A Tatzio y a Niní les encanta recibir visitas.

Estábamos a poca distancia del cuarto secreto cuando el señor Pioquinto lanzó una catarata de estornudos:

—Algo alteró mis fosas nasales —cerró los ojos y aspiró con fuerza—: Siento un olorcito raro. Es... es ¡naftalina!

—Fue lo único que encontré para evitar que Bolo y Pipino detectaran el olor natural de los osos —se disculpó mi abuela.

En cuanto llegamos al cuarto secreto, yo me encargué de abrir el ropero. Mamá Leonor sacó de la chistera a Tatzio y a Niní. En sus caritas se dibujaba una sonrisa de alegría y de esperanza.

—Rubén: mira qué bellos son —exclamó mi madre.

—Nunca ha-ha-bía, ¡achú!, visto juguetes tan ¡achú!, primorosos —afirmó mi maestro sacudido por los estornudos.

—Estuvimos jugando con Tatzio y Niní, pero llegó el momento de guardarlos. Para cada uno de nosotros resultó muy difícil despedirse de los ositos. Cuando los estreché contra mi pecho, sentí su pelaje más suave y cálido que otras veces.

Regresamos al comedor. Ayudado por mi abuela y por mí, el señor Pioquinto pasó el resto de la tarde explicándoles a mis padres nuestro plan. Luego, entre todos lo modificamos para que cupieran en él un representante y una maquillista.

Cuando se escuchó el primer canto de los grillos, mi maestro se despidió:

—Tengo que ir a mi casa para arreglar algunas cosas, entre otras, mi esmoquin... Don Rubén, ¿a qué horas le parece prudente que venga mañana?

—A las ocho. Debemos repasar el plan.

—¿Y tomaremos un buen desayuno?  
—mi maestro enrojeció—: Lo digo porque necesitaremos mucha energía y no porque sea goloso.

Riendo, acompañamos al señor Pioquinto hasta la puerta. Antes de que saliera, mi padre le echó un vistazo a la calle. Después de que comprobó que no había personas extrañas, le dimos las buenas noches a mi maestro y permanecemos en el zaguán hasta que desapareció en la esquina.

—¿Alguien quiere cenar? —preguntó mi madre en cuanto entramos en la casa. Nadie le contestó—. Yo tampoco. Estoy tan emocionada...

—Me pasa lo mismo —dijo mi abuela—. Hace mucho tiempo que los ositos están encerrados. Me gustaría traerlos al jardín para que vieran los árboles, las flores, la fuente...

Mamá Leonor regresó al cuarto secreto y volvió con los ositos en brazos. Se acomodó bajo su fresno predilecto y entonó una de sus canciones. Mientras la oíamos, en el cielo fueron dibujándose, más hermosas que nunca, las estrellas. Pensé en mi abuelo. Deposité un beso en la punta de mis dedos y le repetí cuánto, cuánto lo amaba.

Todo era tan hermoso que olvidamos el paso del tiempo. Lo recordamos cuando oímos el silbato del velador. Mi padre dijo que era el momento de irnos a la cama. Sólo mi abuela permaneció en el jardín con Tatzio y Niní en su regazo.

## XVI. Ensayo general

Aquel fue uno de los domingos más emocionantes de mi vida. El señor Pioquinto llegó puntual. El pobre apenas podía con su arpa y la maleta con su esmoquin.

—Me lo probaré cuando terminemos nuestro desayuno. Mientras tanto, doña Leonor, ¿sería tan amable de repasar lo que harán usted y Gonzalo?

—Vestidos con nuestras ropas más viejitas, dentro de dos horas nos iremos caminando hasta el jardín. Mientras aparecen los niños con sus mascotas, Gonzalo y yo pasaremos entre los puestos de juguetes y golosinas.

—Papá: ¿recuerdas bien tu papel?

—Por supuesto: a las once, el señor Pioquinto, Gracia y yo iremos en mi coche a la oficina de Rufo.

—Mi amor: queda muy cerca de aquí. No tiene caso que vayamos en coche.

—Gracia: se supone que un maestro concertista de fama internacional no puede llegar a pie a ninguna parte —papá se volvió hacia mi abuela—: Mamá Leonor, no olvide que en cuanto vean aparecer el automóvil del gran arpista, usted y Gonzalo realizarán la segunda parte del plan.

—No se preocupe, lo tengo bien estudiado. Seguiremos a los niños y a sus mascotas hasta el circo. Como nadie se fijará en nosotros, podremos colarnos por la puerta principal. Si nos sorprende algún guardia, le suplicaré que nos lleve hasta donde esté la Mujer Barbuda porque mi nietecito sueña con estrechar su mano.

Tomé la palabra para que todos se dieran cuenta de que yo también conocía el plan:

—Si el guardia me pide que le muestre mi boleto, fingiré que lloro y entonces mi abuela le dirá...

—Que somos muy pobres. No tengo dinero para comprarle a Gonzalo ropa nueva, mucho menos para un boleto del circo —agregó Mamá Leonor a punto de llorar.

Muy emocionado, mi maestro la tomó de las manos:

—Nunca imaginé que fuera usted tan buena actriz. Si yo, que conozco la verdad, me siento conmovido, puedo imaginarme cómo reaccionará el guardia al oír la triste historia. De seguro los llevará ante Lina.

—A partir de ese momento tendrán que arreglárselas para que ella les revele el conjuro —mi padre se dirigió a mi abuela—: Prométame que no se arriesgarán demasiado.

Mi madre le pidió al señor Pioquinto que repitiera en qué iba a consistir su actuación dentro del plan. La sonrisa de mi maestro fue desapareciendo hasta convertirse en un gesto de angustia:

—Lo siento, algo me sucede: no recuerdo nada. Además, mis manos están rígidas. No podré tocar —aseguró temblando.

—Claro que podrá —lo animó Mamá Leonor—. Recuerde que usted es un gran músico. Cuando sus dedos se deslicen por las cuerdas del arpa, no piense en Rufo sino en lo orgullosa que estaría su maestra Luviana Marciolina si pudiera escucharlo.

—Ah, sí, claro. Ya siento que la inspiración me renace. Tocaré, claro que tocaré, pero antes debo ponerme mi esmoquin. Don Rubén: ¿sería tan amable de ayudarme?

—Los dos se fueron a la antesala. Durante unos minutos sólo oímos pujidos, jadeos, órdenes:

—Suma la barriga, contenga la respiración, no se mueva. Enderécese un poco más, otro poquito. ¡Cuidado! ¡Ya saltó el botón! Esto es imposible... Suegra: ¡necesitamos que nos preste su faja!

Mi abuela accedió, pero cuando mi padre y el señor Pioquinto reaparecieron en el comedor, no pudimos contener la risa. En ese momento sonó el reloj de cucú: las diez de la mañana.

—Mamá Leonor, Gonzalo: ya es hora de que se vayan —dijo mi padre—. Y recuerden que no deben arriesgarse demasiado.

## XVII. Sueños de infancia

Vestidos con nuestras ropas más desgastadas, mi abuela y yo paseamos por el jardín de San Jerónimo. En cuanto los niños aparecieron con sus mascotas, fuimos tras ellos hasta los alrededores del circo. Cuando estábamos a punto de colarnos por la puerta principal, apareció un hombre bigotón, altísimo, uniformado de negro:

—¡Alto allí! ¿Adónde van?

—Al circo —dijo mi abuela mirando hacia las carpas de colores.

—Pues muéstrenme sus boletos.

—No tenemos —le respondió mi abuela.

—Entonces no pueden pasar. Allá está la taquilla. Falta mucho para que comience la función. Tienen bastante tiempo para comprar sus entradas.

—Tiempo nos sobra, lo que nos falta es dinero. Por favor, permítanos pasar.

—Señora: váyase o llamo a un policía —agregó el guardia.

—¿Sería usted capaz? Mi nietecito ya va a cumplir siete años y su máxima ilusión es darle la mano a la Mujer Barbuda. En mis condiciones sólo usted puede ayudarme a cumplirle su sueño. De otro modo, mi Gonzalo pasará el resto de su vida recordando este día como el más triste de su infancia.

Al guardia se le salieron las lágrimas y le pregunté por qué lloraba.

—Es que al escuchar a tu abuela recordé que de niño también anhelaba conocer a las estrellas del circo. Éramos muchos en mi

familia y mis padres no tenían dinero para darnos juguetes ni diversiones. Pasaron los años, era yo un jovencito cuando llegó a mi barrio el Circo del Gran Rufo. Sentí tantos deseos de ver la función que me colé por debajo de la lona. Arrastrándome llegué hasta las gradas y cuando ya iba a subirlas, vi frente a mis narices las bototas de Rufo. Me dijo que estaba cometiendo un delito gravísimo y por eso iba a mandarme a la cárcel. Le pedí perdón de rodillas. Me lo concedió, pero a cambio de que le sirviera de mozo durante todo ese día. Le imploré que me permitiera ir a decírselo a mis padres. Accedió pero me hizo una advertencia: si no regresaba en media hora, sus sirvientes, Bolo y Pipino, irían a localizarme para meterme en un calabozo.

—Eso ocurrió cuando usted era un jovencito. Ya han pasado algunos años. ¿Por qué

no ha abandonado el circo? —le preguntó mi abuela.

—Porque me enamoré de Lina desde el primer momento en que la vi. Juré que permanecería siempre a su lado para cuidarla y defenderla cada vez que Rufo quisiera ponerle la mano encima —la voz del guardia se dulcificó aún más—: Lina ya no es tan joven, ha contado su vida en miles y miles de funciones. Su voz se ha vuelto muy débil y a veces no se le escucha. Los niños se burlan de ella y dudan de que en realidad sea una Mujer Barbuda. Entonces Rufo los autoriza a jalarle las barbas para que comprueben que sí lo es. Nada menos anoche, mi hermosa Lina padeció ese horrible tormento. Hoy tiene la cara tan hinchada que le cuesta trabajo abrir la boca. Así no podrá actuar y Rufo se enfurecerá con ella.

—Lléveme a donde está Lina: puedo ayudarla —aseguró mi abuela—: Lo único que necesito es agua caliente, sal, pétalos de rosa y una cucharadita de miel. Lo mezclaré todo muy bien y con eso le pondré unos fomentos. Su amiga quedará como nueva.

El guardia se quitó la gorra e inclinó la cabeza:

—Su servidor, Casildo Chagoya Baquedano, le agradece de todo corazón su ayuda. Vengan, los llevaré ante Lina.

—Y si Rufo o alguno de sus sirvientes nos descubre, ¿qué sucederá? —pregunté muerto de miedo.

—A ustedes, no sé; pero a mí, de seguro me molerá a palos. ¡No me importa! Lo único que quiero es que mi ángel barbudo y maravilloso tenga alivio. Vamos, de prisa. Un consejo: cuando pasemos frente a las jaulas de los animales, ni de chiste se les ocurra acercarse

o tocarlos. Ellos no los conocen y podría ser fatal.

En el circo de Rufo había leones, tigres, elefantes, camellos, changos, perros, palomas. Todos los ejemplares eran muy bellos pero ninguno parecía feliz. Anhelé con todo mi corazón que pudieran irse con Tatzio y Niní a disfrutar de la naturaleza y de algo aún más bello: la libertad.

## *XVIII. La hermosa Lina*

**D**on Casildo abrió la puerta del carromato y le pidió a Lina permiso para entrar. Aunque no vimos a nadie, enseguida escuchamos una voz muy extraña:

—Adelante. Usted siempre es bienvenido.

—Es que hoy no vengo solo. Me acompañan una señora y su nietecito.

—No estará pensando en jalarme las barbas, ¿verdad?

—Lina: sabe que eso jamás lo permitiría —le respondió Casildo muy galante—. Al contrario, ellos están aquí para ayudarla y también porque han oído hablar maravillas de usted y quieren conocerla.

—Eligieron un mal día. Hoy tengo un aspecto horrible. Dígales que esperen a verme en la función. De lejos tal vez no se darán cuenta de que tengo la cara inflamada.

—Se trata de dos personas muy pobres que no pueden comprar boletos y por eso acepté traerlos hasta aquí.

—¿Alguien los vio? —preguntó Lina—. Usted sabe a quién me refiero.

—No se preocupe. Rufo está en su oficina con una visita muy importante. Además, Bolo y Pipino se encuentran recibiendo a los niños con sus mascotas. ¡Aquello es un lío!

—Pobres criaturas: no se imaginan que Rufo podría quedarse con los animales más bonitos para hacerlos trabajar día y noche en su circo —Lina gimió—. Ese domador es un malvado capaz de todo.

—Lo sé, pero dígame: esta vez ¿en dónde se escondió usted? —le preguntó Casildo.

—Debajo de todos mis vestidos. No quiero que nadie me vea —Lina suspiró—. ¡Lástima! Hace mucho tiempo que no venían a visitarme admiradores, pero el niño y su abuela deben irse.

—Me llamo Gonzalo y mi abuelita es Leonor. Ella puede ayudarla.

Lina asomó la cabeza por entre un montón de trajes. Me sorprendió que fuera tan linda a pesar de la inflamación y de la barba rizada:

—¿Ayudarme? Pero ¿cómo?

—Aplicándole unos fomentos muy efectivos —le dijo Mamá Leonor—. Le aseguro que en la función lucirá primorosa.

—Casildo, ¿qué hago? —preguntó Lina temblando.

—Acepte la ayuda. Esta señora me inspira mucha confianza —al ver la sonrisa de Lina, Casildo se puso feliz—: Voy por todo lo

que necesitamos. Doña Leonor, Gonzalo: cierran la puerta y no salgan por ningún motivo. Si alguien los descubre... Bueno, será mejor que ni lo piense.

## *XIX. El mago, ¡mi héroe!*

**E**n cuanto el guardia salió, escuchamos música de arpa. La Mujer Barbuda saltó de entre sus ropas con la agilidad de un pájaro que abandona su nido:

—¡Qué melodía tan maravillosa! El intérprete debe de ser un ángel, ¿no creen? Ah, si no estuviera en estas condiciones, iría a conocerlo y a pedirle su autógrafo.

—Si en verdad lo desea, podemos presentárselo —dije—. Se llama Pioquinto, es mi maestro sombrerero y él también está aquí para ayudarnos.

—¿A qué? Díganmelo de una vez porque soy terriblemente curiosa —nos confesó Lina.

—Díselo tú, abuela, recuerda que tenemos poco tiempo.

—A liberar a Tatzio y a Niní.

De la sorpresa, Lina cayó sentada y volvió a hundirse entre sus ropas, pero enseguida reapareció:

—¡Los ositos viven! ¡Qué maravilla! Llevaba años sin escuchar sus preciosos nombres. Muchas veces pensé que tal vez algo malo les había sucedido. Tengo que verlos porque hay muchas cosas de qué hablar. ¿Ustedes saben dónde puedo encontrarlos?

—Sí: dentro de la chistera de un mago.

—Niño: ¡no me digas que siguen metidos allí! —gritó Lina asombrada.

—Y seguirán, mientras no escuchen el conjuro mágico —agregó mi abuela.

—No entiendo por qué en todos estos años Tiquico no lo ha pronunciado —reflexionó Lina.

—Pues porque se le olvidó el conjuro. Se fue al País de la Memoria para ver si alguno de sus conocidos lo sabía. No encontró a nadie pero al menos logró recordar que usted lo había oído.

—¿Cómo saben todo eso?

—Porque el mago se lo dijo a mi nieto.

—¿Hablaste con Tiquico? —me preguntó la Mujer Barbuda.

—En sueños.

—Con que el mago, mi héroe, lo olvidó todo, ¡qué bonito! —Lina se acercó a su tocador y se miró en el espejo—: Yo, en cambio, recuerdo muy bien lo que sucedió en aquellas horas terribles: estaba en la ventana de mi carromato cuando de pronto escuché una conversación entre Rufo y mister Mond: el domador acababa de venderle a los ositos y quería ponerlos a trabajar en su cabaret esa misma noche. Corrí a informárselo a Tiquico. Él, con

alguno de sus pases mágicos, podía lograr que Tatzio y Niní desaparecieran. Me explicó que estaba demasiado lejos de la jaula de los osos y a esa distancia no servían sus poderes.

—¿Y usted no podía ayudarlo?

—No. Además, estaba tan temerosa de Rufo que no podía pensar. Por fortuna lo hicieron los ayudantes de Tiquico: la paloma Josefina, los ratones Tim y Tom, el conejo Raymundo. Ellos vivían dentro de la chistera del mago, pero al ver el peligro en que se encontraban los ositos, decidieron cederles su vivienda en el interior del sombrero.

—¿Y ellos a dónde se fueron?

—Eran ya muy viejos y viajaron al País de los Sueños. Aunque le resultaba muy doloroso separarse de sus fieles ayudantes, Tiquico se despidió de ellos, pronunció el conjuro mágico y en un instante Tatzio y Niní quedaron instalados en su chistera.

—¿Y Rufo?

—Pues se enfurecía cada vez más por no poder encontrar a los ositos. Junto con mister Mond los buscó por todas partes. Viendo que era inútil, llamó a todos los que trabajábamos en el circo para hacernos mil veces las mismas preguntas: “¿Dónde están Tatzio y Niní? ¿Quién los está escondiendo?”. Tuve miedo de lo que pudiera suceder cuando le llegara a Tiquico el turno de contestar y le aconsejé que huyera antes de que lo llamara Rufo. El mago comprendió que no le quedaba otro remedio, pero antes de abandonar el circo me regaló un hermoso ramo de gardenias. Me prometió que pronto regresaría pero no fue así. Desde aquella noche nunca he vuelto a verlo. Por eso les agradezco tanto que me hayan traído noticias de él —Lina derramó algunas lágrimas—. Lo único que me entristece es saber que los ositos, tan hermosos e inquietos, hayan pasado

tanto tiempo dentro de una chistera convertidos en juguetes.

—No llore más: usted puede liberarlos porque sabe el conjuro mágico. Díganoslo por favor —suplicó mi abuela.

—Es muy sencillo, no entiendo que a ese loco de Tiquico se le haya olvidado. Escuchen: “Draco, Hércules, Orión: ¡espero su protección!”.

Mi abuela y yo jamás habíamos escuchado esos nombres. Lina nos explicó que eran de estrellas que forman constelaciones en la Vía Láctea. Luego le arrancó una hojita a su Diario, allí escribió las palabras mágicas y se colocó frente a un espejo.

—¿Se va a peinar ahora? —le pregunté.

—No. Me coloqué ante el espejo para que lean el conjuro mágico al revés. Sólo así funciona pero, ¡cuidado!, no lo pronuncien ahora. Háganlo cuando estén muy cerca de Tatzio y

Niní. Entonces ellos volverán a su vida silvestre y el conjuro mágico se disolverá para siempre como granitos de azúcar en el mar —Lina suspiró—: Ya les he dicho lo que necesitaban saber, ahora deben irse.

Escuchamos pasos y corrí hacia la ventana. Por fortuna era don Casildo. Al verlo, Lina le reprochó que se hubiera tardado tanto porque a cada minuto aumentaba el peligro de que el domador o alguno de sus sirvientes nos descubriera. Casildo la tranquilizó:

—Deje de preocuparse. Al pasar frente a su oficina vi a Rufo profundamente dormido. Con decirle que ni siquiera escucha el vals que un músico interpreta en su arpa —don Casildo se rascó la cabeza—: Por cierto que el tipo tiene un aspecto de lo más gracioso.

—Olvídelo y póngame atención: voy a decirle cómo preparar los fomentos para Lina —Mamá Leonor se dirigió a la Mujer Barbu-

da—: Yo se los aplicaría, pero usted sabe que tenemos prisa. Antes de irme quiero darle las gracias por el inmenso favor que nos ha hecho a todos, en especial a Tatzio y a Niní.

—¿De quiénes hablan? —preguntó Casildo.

—Lo sabrá después, cuando le cuente su historia —Lina se dirigió a mi abuela y a mí—: Díganles a Tatzio y a Niní que sin ellos el circo ya no es igual, que los extraño mucho y les deseo toda la felicidad del mundo en su nueva vida.

—Oiga, si Tiquico se me aparece otra vez en sueños, ¿quiere que le dé algún mensaje de su parte? —pregunté.

—Sí: cuéntale que conservo el ramillete que me regaló porque pienso usarlo en cuanto Casildo se atreva a proponerme matrimonio: llevo años esperándolo.

Casildo no podía creer lo que acababa de escuchar. De la emoción estuvo a punto de desmayarse, pero al fin soltó una carcajada de felicidad tan sonora que perturbó a todos los animales. A pesar de que también estaba muy dichosa, Lina volvió a inquitarse:

—Eso sí despertará a Rufo, o por lo menos llamará la atención de Bolo y Pipino. Doña Leonor, Gonzalo: ¡huyan antes de que sea demasiado tarde! Pero no se precipiten, caminen despacio, como si sólo estuvieran dando un paseo. Espero que algún día volvamos a encontrarnos —dijo y me besó en la cara. El contacto de su barba me produjo cosquillas pero tuve que aguantar la risa.

## *XX. La huída*

**M**i abuela y yo salimos del carromato. Mientras nos alejábamos, seguimos escuchando el escándalo que hacían los animales. Pasamos frente a las oficinas del circo en el momento en que mis padres y el señor Pioquinto se encaminaban hacia el coche seguidos por el domador Rufo, que gritaba:

—Maestro Pioquinto: espere. Insisto en que estoy maravillado con sus interpretaciones. Si me dormí fue porque me provocaron una tranquilidad que jamás había sentido. Escúcheme: necesito que trabaje conmigo. Prometo que lo trataré como lo que es: toda una estrella. ¿Qué me dice acerca de firmar un contrato

por un año para que haga su espectáculo con los animales o con Lina?, si le apetece...

—Hable con mi representante —dijo el señor Pioquinto y se subió al coche.

De un salto Rufo se plantó delante de mi padre:

—Caballero: le propongo que hablemos de negocios. Si usted me dice en dónde están sus oficinas, podría presentarme allá mañana mismo.

—El maestro prefiere que nadie conozca ese domicilio porque adora la privacidad. Comprenda: sus admiradores lo siguen por todas partes y él desea tener un refugio en el mundo para inspirarse, meditar y escribir sus profundas reflexiones acerca de las notas musicales y la clave de sol —respondió mi padre.

—Si usted no quiere que vaya a su oficina, podríamos vernos en otra parte

—Rufo se inclinó para hablar en secreto con mi padre—: Si convence al maestro de que firme un contrato conmigo, le haré a usted un buen regalo... ¡en dólares!

—Sus palabras me ofenden —dijo mi padre encendido de furia.

—No era mi propósito. Yo sólo quería demostrarle mi gratitud por su ayuda.

—Hay otra forma: respetando mis decisiones. Espere a que me comunique con usted —mi padre se puso unos guantes amarillos que no sé de dónde sacó—: Pero no se haga demasiadas ilusiones. Acabo de recordar que el maestro Pioquinto tiene compromisos en los mejores teatros del mundo. Su última gira por la India terminará en el 2020. Ahora, discúlpenos. Se hace tarde y debemos abordar un avión a Brasil.

—Mis padres y el gran arpista Pioquinto se alejaron en su coche. Mi abuela y yo, para-

lizados de terror, nos quedamos muy quietos mientras Rufo gritaba con desesperación:

—Nadie, absolutamente nadie en el mundo, desprecia la oportunidad de trabajar en mi circo. No permitiré que el músico se vaya sin firmar el contrato. No me importa qué tan escondida esté su oficina: Bolo y Pipino la encontrarán —agitó su fute—: Par de tontos, ¡vengan aquí de inmediato! Debemos darnos prisa antes de que el músico aborde el avión.

En cuanto nos quedamos solos, mi abuela me dijo al oído:

—Es urgente que llegues a la casa antes que ellos. Vete corriendo y entrégales a tus papás el papelito.

—Mamá Leonor: no puedo dejarte aquí sola. Tal vez Rufo...

—Por favor, obedéceme. Habla con tus papás, vayan al cuarto secreto y hagan lo necesario.

—Es que en cuanto lea el conjuro al revés, Tatzio y Niní desaparecerán y tú no podrás despedirte de ellos.

—Eso no significa que no vuelva a verlos. Acuérdate de lo que te prometí.

—Mientras corría rumbo a mi casa, recordé la promesa que mi abuela me había hecho: “No importa lo lejos que esté el bosque en donde vivirán Tatzio y Niní, siempre que quieras iremos a visitarlos”.

## *XXI. Rebiletes de plata*

Cuando llegué a mi casa, oí las voces de mis padres y del señor Pioquinto en la sala. Al verme, los tres me preguntaron si habíamos podido hablar con Lina.

—Sí, pero Bolo y Pipino están buscando al señor Pioquinto. Rufo quiere encontrarlo y obligarlo a firmar un contrato para que trabaje en el circo.

—No lo haré nunca, ni por todo el oro del mundo —gritó mi maestro.

—El domador no tarda en llegar. Tenemos que darnos prisa —les advertí.

—¿Y Mamá Leonor?, ¿por qué no entra?  
—preguntó mi maestro.

—Como ya no puede correr, me pidió que me adelantara. Vamos rápido al cuarto secreto.

—Comprendo tu preocupación, hijo, pero creo que debemos esperar a tu abuela. No tardará. Esos animalitos han vivido mucho tiempo ocultos en la chistera, pueden esperar unos minutos más. ¿O qué piensas tú, Rubén?

—Estoy de acuerdo contigo. Será un momento muy especial, único, y Mamá Leonor tiene derecho a vivirlo —mi padre se volvió hacia mí—: Además, creo que para los ositos también es muy importante despedirse de ella después de tantos años juntos.

—Tatzio y Niní son mayores que yo, ¿verdad? —mi pregunta provocó la risa de todos—. Me habría gustado que se quedaran a vivir con nosotros. El jardín es grande...

—No para ellos, que son los reyes del bosque —dijo el señor Pioquinto.

En ese momento entró Mamá Leonor. Estaba tan agitada que apenas pudimos entender su pregunta:

—¿Se fueron ya?

—No. Esperamos a que llegaras. Creemos que eres tú, su mejor amiga, quien debe despedirlos pronunciando el conjuro mágico —le dijo mi madre abrazándola.

—Nos apresuramos hacia el cuarto secreto. Mis padres sacaron a Tatzio y a Niní de la chistera. Teníamos muy poco tiempo para abrazarlos y desearles un buen viaje. Lo hicimos por turnos:

—Serán libres y eso me hace feliz, aunque vaya a extrañarlos mucho —afirmé.

—Un día les haré un sombrero, por si quieren venir a recogerlo —dijo mi maestro a punto de llorar.

—Gracias por toda la felicidad que les dieron a mis padres —murmuró mi madre.

—Para mí y para Gracia ustedes serán siempre un hermoso recuerdo —aseguró mi padre—. Doña Leonor, ¿quiere decirles algo antes de que se vayan?

—Lo único que los hará felices: las palabras que son la clave de su libertad. Gonzalo, por favor...

Me coloqué frente al espejo del ropero, saqué el papel en el que estaba escrito el conjuro, mi abuela se puso los lentes y leyó despacio:

—noiccetorp us orepse: nóirO, selucréH,  
ocarD

Conforme Mamá Leonor iba pronunciándolo, las palabras mágicas giraban a gran velocidad sacando chispas, confundándose unas con otras, subiendo y bajando hasta que al fin formaron un hermoso rehilete de plata que, movido por un viento muy fuerte, se hundió en el fondo del espejo. Se oyó un true-

no y el cuarto se inundó de luz azul, tan brillante que nos obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrimos, todo estaba en calma. En el jardín se escuchaba la lluvia cayendo sobre las copas de los árboles: el mejor concierto para desearles buen viaje a Tatzio y a Niní.

Permanecimos en el cuarto secreto mucho tiempo después de que los ositos se habían ido. Fueron momentos dulces, inolvidables. Aunque estábamos felices de que Tatzio y Niní hubieran recuperado su libertad, nos entristecía su ausencia. Para alegrarnos un poco, le pedimos a Mamá Leonor que volviera a contarnos cómo habían llegado los ositos, años atrás, al taller de Papá Toño.

—Una noche tocó a nuestras puertas un mago que traía puesta esta chistera —al levantar el sombrero cayeron de su interior el chal de Niní y el saco a cuadros de Tatzio.

—Olvidaron sus cosas. Les harán falta —dije.

—Adonde van ya no las necesitan. Además, ahora ellos son animales muy grandes y estas ropas no les entrarían ni en una uña.

—Entiendo. Lo mismo me sucede a mí con las chambritas que me ponían de bebé —comenté—. Si ya no me quedan, ¿para qué las guardan, mamá?

—Para recordar cuando eras bebé y te arrullaba entre mis brazos.

Desde entonces aprendí que hay ciertos objetos, ya sean pequeños o grandes, que conservan para nosotros bellos recuerdos.

## *XXII. Amor y magia*

Desde aquella noche, a lo largo de nuestra vida, los ositos fueron tema frecuente de nuestras conversaciones. Su historia fue un secreto que compartimos y un lazo de unión entre los miembros de mi familia y mi maestro Pioquinto. Él y Mamá Leonor se pasaban las horas lavando y planchando la chistera del mago Tiquico y llegaron a asegurarnos que el sombrero conservaba algunos de sus poderes mágicos. Tal vez siga siendo verdad.

Ahora yo conservo la chistera. Al verla, pienso que si la magia y el amor lograron que Tatzio y Niní volvieran a la vida silvestre, tal vez la conciencia ecológica y el respeto a la

Tierra impidan la desaparición de los bellos ejemplares de su especie que hoy se encuentran en peligro de extinguirse.



## *Índice*

I. Para evitar el olvido .....	5
II. ¿Tatzio y Niní? .....	7
III. Una triste noticia .....	11
IV. El más largo sueño .....	16
V. Una advertencia .....	21
VI. La canción de Tiquico .....	27
VII. Decir y no decir .....	30
VIII. El peligro se acerca .....	41
IX. El regreso de Rufo .....	46
X. La fórmula y el conjuro .....	52

XI. Un baño de naftalina .....	58
XII. La canción de Tiquico [Otro título porque es idéntico al del capítulo VI].....	63
XIII. Elefantes a ritmo de arpa.....	71
XIV. ¡Ya nos descubrieron! .....	78
XV. Dos nuevos cómplices .....	85
XVI. Ensayo general .....	93
XVII. Sueños de infancia.....	98
XVIII. La hermosa Lina .....	104
XIX. El mago, ¡mi héroe! .....	108
XX. La huída .....	117
XXI. Rehiletes de plata .....	122
XXII. Amor y magia .....	128

## CRISTINA PACHECO

---

Nacio en San Felipe Guanajuato. Vive en la Ciudad de México los 5 años. Periodista de La Jornada y de Canal 11, ha recibido más de treinta premios, entre los que se cuentan el Premio Nacional de Periodismo, el Premio Manuel Buendía y el de la Federación Latinoamericana de Periodistas.

Incursionó en la literatura infantil en el año 2004, fecha en que publicó en esta casa editorial *La chistera maravillosa* y dos años más tarde *El eucalipto Ponciano*.



# Colofón

